

predicacion, tan propio de los pastores de primer orden, la celebracion de los divinos officios, y todo lo concerniente al culto sagrado? Diversiones pueriles, ú ocupaciones mas dignas del claustro que de la prelación. De aquí resultó que en el tiempo de que hablamos, tomaron los frailes menores y los predicadores un ascendiente tan extraordinario en la administracion de las cosas santas. Por lo demás, los primeros prelados cometian su poder espiritual á algunos vicarios ó sufragáneos, elegidos entre personas de baja esfera, y se reservaban el gobierno temporal, contando para que les ayudasen con los talentos distinguidos entre sus subalternos, á quienes creían que no podian ocupar mas dignamente. Así, aun la residencia de estos cooperadores, distraidos ó agoviados con los negocios del siglo, no era mas que una residencia indiferente y nula con respecto á las obligaciones eclesiásticas. He aquí una parte de los escándalos que causó la traslacion estraña de la Silla apostólica fuera de la capital del orbe cristiano.

Observemos no obstante, que todos los Papas de Aviñon no tuvieron, á lo menos en un mismo grado, la culpa de estos desórdenes. Una vez egecutada esta traslacion y sostenida por algun tiempo, impuso una especie de necesidad á los Papas siguientes. En Italia se indispusieron los grandes y los pueblos: volvieron á levantar cabeza los gibelinos: se disiparon las rentas de la Iglesia, ó se invirtieron en otros usos: sus ministros fueron arrojados ó maltratados, y usurpados sus dominios: los romanos se amotinaron, multiplicaron los partidos, las intrigas y los peligros; y en fin, el Pontífice no pudo prometerse ya tranquilidad ni seguridad entre ellos. Por otra parte, varios Príncipes poderosos, á quienes la proximidad del Padre comun de los

fieles parecia un título eficaz de predileccion con respecto á sus personas, no dejaron piedra por mover para fijarle en el recinto de sus estados. Traigamos á la memoria las dificultades que pusieron, por medio del doctor Oreme, al Papa Urbano V cuando se disponia á restituir á Roma la Silla pontificia. Se llegó al extremo de hacer punto escrupuloso su poca adhesion al pais en que habia nacido; y no se tuvo reparo en poner su conducta en oposicion con la del Hijo de Dios, el cual habia residido siempre en su patria. Cuando Gregorio XI, eternamente venerable por la egecucion de esta grande obra, llegó al momento de consumarla, empleó el Rey Cárlos V unos medios aun mas poderosos para impedir que tuviese efecto; pues marchó á Aviñon el propio hermano del Monarca, Luis, duque de Anjou, y fue tanto lo que allí intrigó, ya por sí, y ya por medio de los cardenales, que solo á fuerza de una extraordinaria actividad y diligencia pudieron quedar frustrados sus designios. Antes de esta feliz egecucion, esto es, durante el viage de Urbano V, el ciego amor de la patria habia escitado entre aquellos prelados tales quejas y disgustos, que dieron motivo para que se temiese una rebelion formal.

La santa magnanimidad de este Pontífice y de los que imitaron su conducta, no hizo mas que despreciar unas tramas tan culpables. Todos los Papas que hubo, distinguidos por su virtud durante la residencia en Aviñon, Benedicto XII, Inocencio VI, Urbano V, Gregorio XI, suspiraron constantemente por la verdadera patria de los sucesores de Pedro. Todos cuidaron uniformemente de que la prolongacion forzada de un escándalo, casi irreparable, no fuese contagiosa á la residencia episcopal: todos enviaron con firmeza á los obispos y á los demás benefi-

ciados á sus beneficios; y todos promulgaron leyes severas para obligarlos á residir en ellos. Juan XXII y Clemente VI confesaron la obligacion que tenian de restituirse á Roma, fingieron siempre que se conformaban con las ideas de los romanos, los cuales les enviaron varias embajadas para instarlos á que volvieran; y solo dejaron de hacerlo alegando temores afectados y otros mil pretextos con que procuraban cohonestar su pueril inclinacion al pais donde habian nacido.

Entretanto los verdaderos principios estaban profundamente grabados aun en el ánimo de los fieles de la esfera mas comun. Hubo muchos religiosos, muchas mugeres y vírgenes tímidas que salieron de su retiro, emprendieron largos viages, y fueron llenos de valor á hacer presentes sus obligaciones á los Pastores supremos de la Iglesia. No nos olvidemos del Infante Pedro de Aragon, de aquel hombre favorecido con revelaciones y con el don de hacer milagros, el cual dejó todas las grandezas de la corte por abrazar la humilde pobreza de San Francisco, y emprendió el viage de Aviñon con el único objeto de estrechar al Papa Urbano V para que volviese á llevar á Italia la Silla pontificia. Viendo despues que este Pontífice se disponia á regresar desde Roma á Francia, le dirigió, acerca del peligro del cisma, aquellas sábias representaciones que por la série de los sucesos se vió despues que habian sido dictadas por un espíritu profético.

Animada del mismo celo pasó á Roma Santa Brígida desde lo interior de Suecia, y puso á la vista del Papa la suerte que le amenazaba si volvia á Aviñon. Sin embargo, no dejó de ponerse en camino: llegó á aquel lugar fatal el dia 24 de Setiembre, y murió el 19 de Diciembre siguiente; lo cual hizo en el

cardenal de Beaufort aquella viva impresion que produjo despues todo su efecto, cuando llegó á ser Papa con el nombre de Gregorio XI. Sabemos que este cardenal tenia toda la confianza de la Santa: que Brígida le habia dado su prediccion por escrito para que la entregase á Urbano, y que si el respeto humano no le permitió desempeñar su encargo, no le quitó nada de su persuasion. Por tanto no tuvo dificultad en acceder á los consejos de Santa Catalina de Sena, la cual le instó, luego que fue elevado á la Cátedra de San Pedro, á que no tardase en enjugar las lágrimas de la iglesia romana. De consiguiente, la estabilidad del Sumo Pontífice en su propia iglesia y la ley de la residencia en general, aun en el tiempo en que se quebrantaron con menos reserva, no padecieron ningun eclipse. A lo menos prevalecieron constantemente las sanas máximas contra el escándalo del egeplo.

En fin, el Autor y el Conservador eterno de la Iglesia quiso dar con este motivo una de aquellas lecciones formidables que están reservadas para los escándalos de primer orden. Por el cisma horroroso que permitió para vengar á la iglesia romana de su larga viudez, se pudo conocer cuán grande seria el delito de aquel abandono; y en efecto se concibió contra él una aversion eterna. Despues de estos abusos y relajaciones de la tercera edad, todo el deseo y actividad de los fieles tuvo por objeto la reforma, con tal concordia y perseverancia, que fue ya menos necesario el estimular que el dirigir y moderar, como se demostrará por la historia de la edad siguiente, desde su primer período.

La ignorancia, la relajacion, los abusos y desórdenes de todas clases, y todos los obstáculos aparentes no son capaces de

retardar, sino muy á propósito para adelantar los designios del Señor acerca del cuerpo de la Iglesia y de cada uno de sus miembros. La omnipotencia del Dios santísimo se manifiesta mas que nunca cuando salva al hombre á pesar de su corrupcion. Las mayores dificultades sirven para formar los mayores Santos. Unas circunstancias mas tranquilas, y al parecer mas favorables á la virtud, no hubieran ofrecido los mismos combates, ni por consiguiente las mismas victorias á aquel número de escogidos para cuya salvacion suceden todas las cosas debajo del sol. No olvidemos que son estos los designios del cielo en todos los sucesos y en todas las revoluciones. Todo lo que conduce á este sublime término, está sabiamente dispuesto. Todo lo que no proporciona mas que una tranquilidad pasagera, es por lo menos frívolo.

¿Qué nos importa, pues, el continuo flujo y reflujo de los bienes y males terrenos, de los actores y de las obras que varían á cada paso la escena del mundo? Permanezcamos con la Iglesia firmes é inmóviles sobre la piedra en que está fundada. El órden supremo y seguro es, que establezcamos nuestra fe en sus verdaderos principios; y éstos son dos, la Escritura y la tradicion. Lejos de presentarnos el mal ejemplo para que nos sirva de gobierno en el discernimiento de la verdad; así los fastos de la Iglesia como el Evangelio nos enseñan á juzgar de los ejemplos por la fe y por la verdad. A la manera que las virtudes reales ó aparentes de los hereges nada prueban á favor de su doctrina, del mismo modo los vicios justa ó malignamente atribuidos á nuestros pastores, no pueden servir de prueba contra su enseñanza. Aun sus vicios forman parte de los designios de aquel Sol de justicia, cuyos rayos reflejan tan puros de un lodo infecto, como del oro y del zafiro, permitiéndolo así para que

seamos enteramente suyos, y para llevarnos á sus fines por el camino que nos ha señalado. Es necesario que haya escándalos; y los que acabamos de recorrer están en el órden particular del Eterno relativamente á su Iglesia. Jamás dió á conocer mejor su virtud divina, que cuando la sostuvo por medio de ministros viciosos.



